

## Capítulo XXVI

### LOS HABITANTES PRIMITIVOS DE NICARAGUA

A la llegada de los españoles, bajo el mando de Gil González de Avila, en el año de 1522, el territorio que ahora forma la República de Nicaragua y la parte noreste de Costa Rica, estaba habitado por razas indígenas de cuatro diferentes tribus, que uno puede con confianza tomar como de origen diferente y que habían emigrado hasta aquí en diferentes períodos.

La Costa Atlántica, de rica vegetación pero húmeda, y las altas tierras montañosas vecinas, con sus enormes bosques, estaba habitada por tribus más o menos nómadas con un bajo nivel de civilización, a pesar de que, por lo que se puede juzgar de las narraciones de Colón en su cuarto viaje, o de los pocos relatos que tenemos de los piratas, era más alto que al presente, viviendo ellas mejor que las actuales poblaciones, que se puede juzgar son sus descendientes, los Mosquitos, los Ramas, los Sumos y otros.

Entre la costa este y los dos grandes lagos, Xolotlán (Lago de Managua) y Cocibolca (Lago de Nicaragua), vivían en las montañas que bajan progresivamente hacia estos lagos, los Chontales, como Oviedo los llama. Ahora se encuentra allí el Departamento de Chontales. Vivían en grandes pueblos y ciudades y se dedicaban a la agricultura. Probablemente eran de la misma raza, o parientes cercanos, de la gran familia Maya, que ocupaba la parte este de Honduras y de Guatemala y poblaba Yucatán. Esta suposición se funda sobre el parecido entre algunas palabras de su lengua y otras del dialecto Maya. Los Poas, Toacas, Lacandones, Wulwas y otros, son probablemente sus parientes. Aún éstos viven hoy día en estado de civilización inferior al de sus antepasados.

Si la parte este de Nicaragua, por sus impenetrables bosques y su clima húmedo es menos favorable como ámbito para pueblos de alta cultura, es la parte oeste, por el contrario, más afortunadamente dotada bajo este aspecto y parece preparada por la naturaleza, para ser uno de los centros de cultura de la tierra. Con sus sonrientes valles, sus bosques frondosos, sus maravillosos lagos, sus ríos pacíficos y sus montañas cubiertas de vegetación, podría tentar esta tierra a las gentes más exigentes para radicarse aquí.

Estaba, por eso, a la llegada de los españoles, muy densamente poblada y dividida entre un gran número de pequeños Estados, que podían reducirse a dos grupos diferentes por la lengua y la cultura. Uno de estos era el de los Chorotegas. Ocupaban el territorio entre los dos lagos y toda la tierra fértil al oeste y al norte del Lago de Managua hasta el Pacífico y la Bahía de Fonseca. Oviedo dice que eran los primitivos habitantes del país y sus antiguos gobernantes, pero en favor de esta afirmación no hay ninguna evidencia por presentar. De los Chorotegas es costumbre distinguir cuatro grupos: 1) Los Cholutecas, en las orillas de la Bahía de Fonseca, cuya ciudad principal era Choluteca; 2) Los Nagrandanos, entre el Lago de Nicaragua y el Pacífico, cuya capital era Subtiava, cerca de la presente ciudad de León; 3) Los Dirianes, entre los lagos de Managua y de Nicaragua, hasta la costa del Pacífico, cuya ciudad principal era Xalteva, al lado de la actual Granada; y por último, 4) Los Orotines, separados de sus grupos consanguíneos, porque habitaban la península de Nicoya y Guanacaste, que responde a la parte noreste de la República de Costa Rica. Sobre el primero de estos grupos, o los Cholutecas, hay puntos de vista diferentes, pues algunos autores están dispuestos a considerarlos una rama de los Pipiles de El Salvador, lo cual los haría, de acuerdo con esta opinión, de origen azteca. Un gran número de nombres de lugares sobre su territorio nos da pruebas de esta creencia. Hay quien diga que los Orotines tienen también origen mexicano.

El otro de estos grupos que habitaban Nicaragua era el de los Niquiranos. Ocupaban un territorio más pequeño, es decir, el estrecho istmo entre el Lago de Nicaragua y el Pacífico, lo mismo que las grandes islas de Zapatera y Ometepe, en el Lago de Nicaragua. Mas este territorio era en recompensa el más privilegiado de toda esta tierra en la que la naturaleza fue pródiga. Según testimonios concordantes de los viejos cronistas, eran los Niquiranos, —un pueblo que inmigró relativamente tarde— mexicanos. Si toltecas o aztecas, —en esto no se está claro, y tal vez no se pueda decidir, antes que de una manera segura se hayan estudiado los numerosos restos que han quedado de ellos y compararlos con las mejores conocidas antigüedades mexicanas. Por mi parte, yo estoy dispuesto a creer que fueron aztecas, llegados al país relativamente tarde, quizás apenas cien años antes de la llegada de los españoles. Vivían en continuas luchas con los Chorotegas y habían, probablemente a su llegada, expulsado a los Orotines, que de esta manera habían quedado divididos del grupo principal de los Chorotegas.

Según Oviedo, Torquemada y Cerezeda, quien después siguió a Gil González de Avila en su campaña conquistadora de 1522 y quien, como Oviedo, cuenta lo que él vio con sus ojos, los Niquiranos se encontraban a un más alto nivel de cultura que sus vecinos. Sin embargo, tanto los Chorotegas como los Niquiranos, tenían una cultura altamente desarrollada. Cuando uno lee las descripciones de los últimos días de estas tribus, se encuentra tentado a afirmar que en cuanto a cultura eran enteramente comparable con la nación que con sus bandas de aventureros y sangrientos saqueadores, —honrados en la historia con el nombre de “conquistadores”— tomó

sobre sí la pesada responsabilidad de la destrucción de esta civilización. Y esta cultura fue arrasada tan rápidamente y de manera tan completa, gracias al vandalismo fanático de los sacerdotes "cristianos" y los hechos sangrientos de sus brutales soldados, que la historia no puede encontrar otro ejemplo semejante. Los investigadores en este campo tienen, pues, que avanzar por un camino más difícil y más incierto que aquellos que estudian las culturas antiguas con muchos miles de años tras de sí como las de Egipto y la India.

Lo que de ellos ha sobrevivido muestra, sin embargo, que estos pueblos habían avanzado mucho, no sólo en desarrollo político y social, sino también en la ciencia y el arte. Tenían grandes conocimientos astronómicos y un calendario bien construido con jeroglíficos, sabían hacer papel y por lo que toca a sus dotes artísticas, las pocas estatuas aquí reproducidas y el testimonio de los cronistas, son prueba patente de ello. La única manera por la cual uno puede esperar tener un conocimiento más profundo de su cultura, es por una minuciosa investigación de la tierra, para exponer tan pronto como sea posible a la luz del día las reliquias que se encuentran escondidas bajo ella o cubiertas por la vegetación de las selvas que por ahora son las únicas que esconden muchos de los lugares, que antes eran florecientes ciudades, populosas, con templos y palacios artísticamente adornados.

Una comparación con las reliquias mejor conocidas en ciertos aspectos de la cultura mejicana, dará por lo tanto una respuesta a algunos de los intrincados problemas que crean los antiguos pueblos de América Central y su historia.